

## LOS ORÍGENES FILOSÓFICOS DE LA RETÓRICA

ANTONIO LÓPEZ EIRE  
Universidad de Salamanca

### Resumen

El presente artículo presenta una serie de testimonios de la filosofía sofística de los que deriva una filosofía de la Retórica basada en el escepticismo sobre el papel del lenguaje en el campo metafísico y en su consideración como un instrumento pragmático y político-social que produce efectos en el receptor y genera consensos sociales.

### Abstract

This paper introduces a number of testimonies from sophistic philosophy that lead to a philosophy of Rhetoric based on scepticism about the role of language in the metaphysic field and on its consideration as a pragmatic and politic-social instrument which makes certain effects on the receiver and generates social concurrencies.

**Palabras clave:** Filosofía. Sofismo. Retórica.

**Keywords:** Philosophy. Sophism. Rhetoric.

Hace ya muchos años<sup>1</sup>, en la Grecia del siglo V a. J. C., se intentó la descomunal y utópica empresa de desentrañar el misterio de la realidad (pues “la Naturaleza gusta de ocultarse”)<sup>2</sup> valiéndose del lenguaje. Nació así la filosofía.

Parménides de Elea (515-440 a. J. C. aproximadamente) valoraba en forma extraordinaria el hecho de que con el lenguaje no se pudiera decir *\*\*El Ser no es*, o sea «el ser no existe», por lo que dedujo que sólo existía el Ser y no existía la Nada.

“No se puede decir ni pensar que el ser no es”<sup>3</sup>. Por consiguiente, sólo existe el Ser y la Nada no existe ni de la Nada puede surgir ser ninguno al margen de sí mismo<sup>4</sup>. Y el Ser es no engendrado, imperecedero, todo entero, único, incommovible, ajeno al cambio, inmóvil y eterno<sup>5</sup>. Y el Ser se identifica con el Pensamiento, pues “lo mismo es el pensar que el objeto de tal pensamiento”<sup>6</sup>.

En definitiva, sólo existe el Ser porque sólo se puede pensar el Ser con el pensamiento-lenguaje racional, con el *lógos*. Y como el Ser es el todo y el *lógos* y el Ser

<sup>1</sup> Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a la DGYCIT por su ayuda económica (Proyecto BFF 2000-1304).

<sup>2</sup> Heráclito, B 123 D-K.

<sup>3</sup> Parménides, B 8, 8 D-K.

<sup>4</sup> Parménides, B 8, 13 D-K.

<sup>5</sup> Parménides, B 8, 3 D-K.

<sup>6</sup> Parménides, B 8, 35 D-K.

coinciden, haríamos bien en escribir *lógos* también con mayúscula: *Lógos*.

Heráclito de Éfeso (su acmé se sitúa más o menos en torno al 500 a. J. C.)<sup>7</sup>, en cambio, basándose en que con los mismos sonidos, B, I, O, S, se generan dos palabras, una con el significado de «vida» (*bíos*) y otra con el de «arco» (*biós*), o sea, «arma letal que suprime la vida (*biós*)», dedujo que la realidad consiste en la unidad de los contrarios que a nosotros nos parecen irreconciliablemente contradictorios y opuestos, como el «día» y la «noche», el «calor» y el «frío», el «verano» y el «invierno», la «enfermedad» y la «salud», la «vida» y la «muerte».

Dedujo que Dios, el Lenguaje-razón del mundo, el *lógos* del mundo –que también habremos de escribir por tanto con mayúscula: *Lógos*–, es precisamente la razón misma que unifica esos contrarios, o sea, es a la vez el día y la noche, el invierno y el verano, la guerra y la paz, la saciedad y el hambre<sup>8</sup>.

Ese *Lógos* del mundo que acopla y reduce a la unidad los contrarios, vela porque el Sol (*Helios*) no sobrepase los límites de su órbita, y así ha de comportarse este divino astro normalmente, pues en caso contrario lo descubrirán y llamarán al orden las terribles diosas vengadoras Erinias, infalibles ayudantes de la diosa Justicia regida por el *Lógos*<sup>9</sup>.

La unidad de los contrarios que nosotros, en cambio, consideramos opuestos, nos enseña –explica el filósofo– que para Dios todo es hermoso, bueno y justo, mientras que nosotros, los mortales, concebimos unas cosas como justas y otras como injustas, unas cosas como hermosas y otras como feas, unas cosas como buenas y otras como malas<sup>10</sup>.

También en este caso, el de la doctrina del filósofo Heráclito, es el lenguaje racional, el lenguaje-razón con el que uno habla a sí mismo o habla a los demás, el *Lógos*, la guía que nos lleva infaliblemente a detectar la realidad oculta del mundo y de las cosas. Aunque la Naturaleza gusta de ocultarse<sup>11</sup>, el lenguaje con el que pensamos y comunicamos nos proporciona valiosas pistas para descubrir la realidad oculta del mundo y de las cosas.

El hecho de que una misma palabra, BIOS, significara dos cosas contradictorias, la “vida” y el “arco” que es el anticipo y la premonición de la muerte, era un simple pero contundente ejemplo de ello.

Bien es verdad, sin embargo, que en este caso, a diferencia de lo que acontecía en el argumentativo discurso parmenídeo, el lenguaje no salía bien parado, sino que resultaba ser por lo general equívoco y engañoso. Sólo a veces, como en el caso de la voz BIOS, nos podría proporcionar alguna pista eficaz y segura para llevar a buen término nuestro intento de descubrir la oculta verdad. El descubrimiento de la verdad que

---

<sup>7</sup> Heráclito, B 48 D-K.

<sup>8</sup> Heráclito, B 67 D-K.

<sup>9</sup> Heráclito, B 94 D-K.

<sup>10</sup> Heráclito, B 67 D-K.

<sup>11</sup> Heráclito, B 123 D-K.

la Naturaleza se complace en ocultar es propio del pensador que, con sumo esfuerzo y oponiéndose a las opiniones del vulgo, hace sus pesquisas valiéndose del “Lenguaje-Discurso” racional que es el *Lógos*<sup>12</sup>.

De todas maneras, con ambos discursos argumentativos, el de Parménides de Elea y el de Heráclito de Éfeso, la falacia del lenguaje estaba en marcha (se pensaba que la realidad se descubre y desentraña con el lenguaje-razón, el *lógos*) y amenazaba con perpetuarse sin límite temporal.

El lenguaje, en sus dos versiones de pensamiento y comunicación, estaba a punto de convertirse en el dogmático e incontrovertible espejo de la realidad para siempre jamás.

Pero una filosofía democrática, la Sofística, que brotó en la democrática Atenas a mediados del siglo V a. J. C., rompió el hechizo de tan engañoso e irreal espejismo y puso en tela de juicio el inaceptable concepto del “Lenguaje-Discurso Verdadero” o *Lógos Alethés*, que, sin embargo, volverá a aflorar a los labios del Sócrates de los diálogos de Platón.

La verdad es que unos años antes de que el «Divino Filósofo» volviera a recuperar el discurso falaz de la más antigua filosofía, la Sofística había dejado claro que con el lenguaje-discurso racional no se captura la realidad tal cual es y de forma indiscutible e irrefragable. El sofista Gorgias de Leontinos demostró y enseñó, por ejemplo, que el lenguaje-razón, el *lógos* (que ya se puede y debe escribir con minúscula) no descubre ni desentraña ni reproduce la realidad.

Surgió entonces la “filosofía de la retórica”, que, bien mirado, es una antifilosofía o, si se prefiere, una filosofía antifilosófica, o sea, una filosofía que se opone a la creencia dogmática de que el lenguaje en forma de discurso pensado o comunicativo es capaz de reproducir cabalmente la realidad.

En la comedia aristofánica titulada *Las Nubes*, representada el año 423 a. J. C., aparece el filósofo Sócrates, que en realidad es, en gran medida, la imagen cómicamente deformada de Protágoras de Abdera y otros sofistas, especulando sobre la asimetría que los nombres muestran respecto de la realidad.

El argumento esgrimido es más o menos de este tenor: Si existen el *gato* y la *gata*, el *perro* la *perra*, ¿por qué no el “*liebro*” y la “*liebra*” en vez de la *liebre*, o ¿es que entre esos veloces animales el macho no cubre a la hembra?<sup>13</sup>

El cómico filósofo aristofanesco de *Las Nubes*, haciendo gala de la picardía, la desenvoltura, la descarada verdulería o afición a los chistes verdes y las bromas y la escrología propias de la Comedia Antigua, viene a sugerirnos, transformando la especulación seria en motivo de hilaridad (pues el autor de la pieza no es un filósofo, sino un comediógrafo), la necesidad de distinguir lingüísticamente al elemento pasivo de

---

<sup>12</sup> Heráclito, B 1 y 2 D-K.

<sup>13</sup> los ejemplos son adaptaciones mías.

una relación en la pareja de homosexuales aplicándole un nombre propio femenino en vez del masculino que ostentaba.

Si la lengua denominase a las cosas y las personas como es debido, un homosexual pasivo como Cleónimo se debería llamar Cleónima, que es nombre de mujer, como también lo es Sóstrata<sup>14</sup>.

La lengua, por tanto, lo confunde todo. Los nombres de dos varones homosexuales femeninos como Filóxeno y Aminia<sup>15</sup> son, desde el punto de vista formal, masculino y femenino respectivamente, pese a que sus respectivos propietarios practican el sexo como mujeres. ¿Cómo puede ser eso si tan homosexual femenino es el uno como el otro?<sup>16</sup>

De modo que la lengua, el lenguaje-razón, el *lógos*, si adaptase el género gramatical a la función sexual propia del macho o de la hembra o del homosexual femenino, estaría más en conformidad con la realidad. Pero la asimetría entre sexo y género gramatical es evidente. En conclusión: del lenguaje no debe uno fiarse.

Como puede, pues, comprobarse a través de la deformación cómica de la Comedia aristofánica, los sofistas fueron filósofos que se interesaron por el lenguaje, y, a fuerza de estudiarlo, desconfiaron de su poder como instrumento racional y más bien se lo representaban como un instrumento político-social, que, a nuestro humilde juicio, es lo que en realidad es.

El lenguaje es un instrumento de comunicación político-social que sirve para eso exactamente, para afianzar la dimensión político-social del ser humano, y no para transmitir la verdad. Pues, efectivamente, no cambia de color cuando deliberadamente se aparta de lo que creemos real (así ocurre en el capítulo de los géneros gramaticales), sino que sigue imperturbable su curso cumpliendo una función que es más sociopolíticamente operativa que epistemológica.

En la concepción del lenguaje como una entidad pragmática, retórica y político-social coincide la antigua Retórica sofística con el moderno Neopragmatismo norteamericano que puede ser considerado como una Retórica sofística de la postmodernidad<sup>17</sup>.

Quienquiera haya entrado en relación y contacto con los restos de las obras de Protágoras y Gorgias así como con los famosos «Discursos Dobles» o *Dissoi Lógoi*, discursos anónimos escritos en dorio que datan del 400 a. J. C., deberá admitir que para sus respectivos autores el lenguaje no es portador de verdades inamovibles y eternas, que el discurso no es jamás universalmente válido, sino que su eficacia depende siempre del momento oportuno, del *kairós*, de la oportunidad, del «poder del momento

<sup>14</sup> Aristófanes, *Las Nubes* 680.

<sup>15</sup> La voz aparece en vocativo.

<sup>16</sup> Aristófanes, *Las Nubes* 684-92.

<sup>17</sup> St. Mailloux (ed.), *Rhetoric, sophistry, pragmatism*, Cambridge University Press, Cambridge 1995, 2.

oportuno»<sup>18</sup>, de su apropiada adaptación a lo momentáneo conveniente (lo *prépon*), pues, por poner un único ejemplo, un discurso de defensa ante las masas no puede ser jamás idéntico al pronunciado ante sabios jueces, aunque en ambos casos la causa defendida sea la misma<sup>19</sup>.

El autor de los «Discursos Dobles» o *Dissoi Lógoi*, citando versos de un autor trágico, nos dice que nada es siempre honroso o siempre oprobioso, sino que la ocasión oportuna, el *kairós*, muchas veces hace lo oprobioso honroso y, viceversa, lo honroso oprobioso<sup>20</sup>.

El lenguaje para los sofistas tiene, pues, una vigencia limitada al espacio y el tiempo, a las circunstancias del aquí y del ahora, a las coordenadas espacio-temporales. La eficacia del lenguaje justamente depende, según ellos, de la oportuna o apropiada adaptación a tales circunstancias. Para los sofistas el lenguaje era, por tanto, principalmente y sobre todo pragmático y político-social y no servía, en cambio, para reflejar con exactitud la realidad. De ellos deriva la “filosofía de la Retórica” que proclama que el lenguaje es ante todo político-social y que por consiguiente sus “verdades” y sus aciertos no son sino político-sociales.

Así pues, estos filósofos formaban a los jóvenes que sentían vocación política, tratando de convertirlos en elocuentes oradores, se preocupaban de la poesía y sus variadas y múltiples interpretaciones, estudiaban cuestiones lingüísticas y fomentaban y promocionaban, en especial Gorgias de Leontinos, que llegó a Atenas el año 427 a. J. C., la enseñanza de esa dimensión práctica del lenguaje pragmático, persuasivo y político-social enderezada a influir en los conciudadanos que es la dimensión retórica del lenguaje, derivada de su connatural condición pragmática y político-social.

El interés por el lenguaje es común a los más renombrados sofistas que conocemos, es decir, Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontinos, Pródico de Ceos e Hippias de Élida.

Pródico de Ceos se ocupaba del empleo correcto de las palabras y establecía sutiles diferencias entre aparentes sinónimos, entre voces que a primera vista parecían significar lo mismo. No es lo mismo, sin embargo –aseguraba– «disentir» que «discutir», «aprobar» que «elogiar», «alegrarse» que «gozarse»<sup>21</sup>.

La exactitud terminológica es la precisión del pensamiento, un hecho que puede comprobarse contemplando la lucidez y la riqueza léxica de la novedosa prosa del extraordinario historiador o, mejor, filósofo de la historia que fue Tucídides (460-400 a. J. C.), probablemente alumno de Pródico.

Hippias de Élida era una inagotable fuente de conocimientos de poesía y de gramática y de todas las demás artes. Era la sabiduría andante y la proclamación viva de la

<sup>18</sup> Protágoras, A 1 D-K.

<sup>19</sup> Gorgias, B 11a, 33.

<sup>20</sup> *Dialéxeis* 2, 19 D-K.

<sup>21</sup> Platón, *Protágoras* 337A-C.

maravillosa utilidad de las artes y de la divina capacidad humana para convertir toda experiencia y todo conocimiento en beneficiosa arte. El progreso socio-político del hombre es el progreso de las artes.

En efecto, era tan globalmente sabio y autosuficiente o autárquico que él mismo se confeccionaba los vestidos que vestía, y se fabricaba los zapatos que calzaba, así como el anillo que llevaba en el dedo y los enseres y el menaje que empleaba y, por si esto fuera poco, al mismo tiempo componía poemas épicos y tragedias y ditirambos y un sinfín de los más variados discursos y siempre resultaba magistral y brillante en el tratamiento de cuestiones musicales y poéticas, como los ritmos, las armonías, y la corrección gramatical en el uso de las “letras” y las palabras<sup>22</sup>.

Pero fue Gorgias de Leontinos quien alcanzó la meta más gloriosa y decisiva de la “filosofía de la Retórica”, pues fue él quien fundamentó filosóficamente la Poética y la Retórica, ya que describió esas dos maravillosas funciones del lenguaje que son su función de droga de las almas (función de *fármaco*), por la que se hace con el control del espíritu y sus pasiones actuando a modo de droga psíquica, y su función seductora o enhechizadora (función de *apáte*), por la que seduce con el engañoso encanto de la ficción y el estilo<sup>23</sup>.

Estas descripciones gorgianas de las funciones del lenguaje son realmente retóricas y filosóficas (o sea, propias de la “filosofía de la Retórica”) y hay que entenderlas en el ámbito general de la filosofía de los sofistas.

En efecto, Protágoras de Abdera, el más famoso de los sofistas, estudió la lengua no aisladamente, sino dentro del cuadro general de su filosofía.

A él se le adjudica el dicho de que “el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son”<sup>24</sup>, en el que se cifraba su doctrina sobre la relatividad de todo conocimiento u opinión.

En consonancia con esta doctrina, era un agnóstico que se proclamaba desconocedor de esa idea absoluta que es la divinidad<sup>25</sup> aunque se mostrara defensor a ultranza, por razones socio-políticas, de la moralidad de cada comunidad y de la necesidad de impartir enseñanza moral a los jóvenes<sup>26</sup>.

Y también en perfecta sintonía con esa su doctrina filosófica relativista, pragmática y político-social, se dedicó con especial interés al planteamiento de problemas gramaticales que implicaban una disonancia, desafinamiento o desacuerdo entre el lenguaje, por una parte, y nuestra percepción de la realidad, por otro.

En efecto, estudió, como ya adelantamos cuando lo vimos caricaturizado por Aristófanes, la cuestión de los géneros gramaticales, que dividía en “machos”,

<sup>22</sup> Platón, *Hippias Menor* 368B.

<sup>23</sup> Gorgias, *Encomio de Helena*, 8=11, B 8 D-K.

<sup>24</sup> Protágoras, B 1 D-K.

<sup>25</sup> Protágoras, B 4 D-K.

<sup>26</sup> Protágoras, B 3 D-K.

“hembras” y “ni lo uno ni lo otro”, cuestión rica en disonancias entre la lengua y la naturaleza<sup>27</sup>, y a este desbarajuste lingüístico añadía las discrepancias observables en el uso de los modos, pues se preguntaba, por ejemplo, por qué un poeta tan sabio y sensible como Homero empleaba una forma de imperativo (“¡canta, diosa la cólera de Aquiles!”) en vez de la forma de cortesía que en semejante situación de la comunicación (un mortal hablando con una diosa, la Musa) el paradigmático poeta debería haber empleado<sup>28</sup>.

Protágoras, que ponía al hombre en el centro de todas sus opiniones sobre la realidad (“el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son”<sup>29</sup>), desconfiaba, pues, con toda lógica, de la validez del lenguaje como fidedigno testigo de la realidad.

Así, como ya hemos visto, en la comedia aristofánica titulada *Las Nubes*, representada el año 423 a. J. C., aparece el filósofo Sócrates, que en realidad encarna cómicamente más bien a Protágoras de Abdera y otros sofistas, especulando sobre la asimetría que los nombres comunes de animales y de cosas muestran respecto de la aparente realidad de los seres y objetos designados.

Bajo estas jocosas e hilarantes argumentaciones se oculta un serio filosofar que se pregunta sobre el supuesto paralelismo o perfecta sintonía de realidad y lenguaje. ¿Hablamos empleando un concepto unívoco para cada cosa o no? O, dicho de otro modo, ¿es el lenguaje un fiel reflejo o espejo de la realidad? ¿Usan los humanos un lenguaje acomodado a los datos que en la realidad se perciben?

Los atenienses, no –y esto nos lo hace saber, para dar rienda suelta a nuestra carcajada y regocijo, el personaje cómicamente deformado Sócrates de *Las Nubes*–, pues usaban una misma palabra, *alektruón*, para referirse a dos animales de propiedades diferentes como el gallo y la gallina<sup>30</sup>, dos animales de los que sólo uno pone huevos.

Si el lenguaje y la realidad fueran simétricos, cada vez que capturásemos un vocablo, podríamos presumir de haber dado caza a un fragmento de la realidad claro y distinto como esas ideas que ansiaba aprehender Descartes.

El problema es que esto no es así, puesto que en ático antiguo una misma voz designaba al gallo y la gallina, y en español moderno, a juzgar por el lenguaje, parece que no existen “liebres” machos que cubran a las “liebres” hembras. Se diría que las liebres son hermafroditas, lo que no es en absoluto cierto.

La misma confusión cargada de equívocos se da, pues, en nuestra lengua, en el español de nuestros tiempos, una lengua poseedora de nombres comunes y epicenos y cargada de homónimos, en la que cuando empleamos la palabra “ballena” designamos

<sup>27</sup> Aristóteles, *Retórica* 1407b6. *Refutaciones Sofísticas* 173b17.

<sup>28</sup> Aristóteles, *Poética* 1456b15.

<sup>29</sup> Protágoras, B 1 D-K.

<sup>30</sup> Aristófanes, *Las Nubes* 662.

a la vez un cetáceo y una laminilla metálica que conformaba el corsé con el que las coquetas mujeres de antaño ahormaban su talle.

Da, pues, la impresión de que la lengua en general, el ático antiguo y el español moderno, no nos lleva por buen camino a la hora de mostrarnos la realidad. El lenguaje es equívoco y nos equivoca. Y, sin embargo, con la lengua, con el lenguaje y sólo con el lenguaje, comunicamos y pensamos.

Así resulta que sólo con lenguaje, sólo con esa herramienta tan imperfecta y desafiada que es el lenguaje puro y duro, pretendemos nada menos que aprehender el mundo y comunicárselo a nuestros conciudadanos.

Ahora bien, es una locura y una desaforada vanidad creernos que con el lenguaje, una herramienta tan poco afinada, aprehendemos el mundo de verdad y se lo comunicamos a los demás tal cual es, con pelos y señales.

La verdadera realidad, la “verdad”, no lo es porque la aprehendamos con discurso pensado, sino porque la hacemos persuasiva y socialmente aceptable con discurso comunicado. Esto es lo que probablemente quiso decir Protágoras de Abdera con su famosa frase de “el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son”<sup>31</sup>, y así entendió también este dicho el moderno filósofo pragmatista F. C. S. Schiller<sup>32</sup>. La verdad es el discurso socialmente aceptado, por lo que resulta inútil empeñarse en afirmar que el discurso mío o del prójimo captura la mismísima realidad.

Pero quien demostró exhaustivamente la inanidad de este empeño de calcar la realidad con el lenguaje fue el filósofo sofista Gorgias de Leontinos, que llegó a Atenas como embajador de su país (una ciudad-estado de Sicilia) el año 427 a. J. C., sorprendió con su oratoria y su sabiduría a los atenienses y sentó cátedra en la helénica ciudad de la lechuza.

Hay tres razones principales y de sentido común –el menos común de los sentidos– por las que Gorgias separa tajantemente y para siempre la realidad, por un lado, y el lenguaje, por otro, dos entidades que, a su juicio, deben quedar bien diferenciadas y separadamente situadas la una bien lejos de la otra.

Nosotros no aprehendemos la realidad tal cual es a través del lenguaje, pues, en tal caso, los sabios filósofos dedicados en cuerpo y alma a especular sobre la Naturaleza no estarían de continuo cambiando de opinión, discrepando entre sí y consigo mismos, diciendo tan pronto una cosa como luego otra bien distinta y diferente de la recién enunciada. Al contrario, con un poco de suerte, aprehenderíamos la realidad de las cosas de una y definitiva vez. Pero esto no es así.

La experiencia de Gorgias en este campo era tremendamente negativa: los «fisiólogos» o filósofos de la naturaleza que por aquellos tiempos exponían sus doctrinas

<sup>31</sup> Protágoras, B 1 D-K.

<sup>32</sup> F. C. S. Schiller, *Humanism: Philosophical Essays*, Macmillan, Londres y Nueva York 1903, xvii.

sobre los fenómenos que se desarrollan en el aire, los fenómenos meteorológicos, eliminaban una opinión para sustituirla por otra de tan escaso fundamento como la anterior, y todo ello con el simple fin de hacer parecer verdades evidentes a los ojos de los oyentes lo que no eran más que puras opiniones, meras lucubraciones, especulaciones etéreas sobre asuntos arcanos y difíciles de creer.

Y, en otra parcela del uso del lenguaje, los oradores profesionales de entonces, políticos y «logógrafos» o escritores de discursos judiciales de acusación o defensa, convencían y deleitaban a las masas mediante alocuciones y piezas oratorias compuestas más con arte que con la verdad, mucho más con el artificio que con la rigurosa fidelidad a los hechos.

Y los filósofos, los que trabajaban en el campo concreto de la quisquillosa dialéctica, con sus discusiones plenas de rivalidad escolástica ponían de manifiesto lo fácil que resultaba cambiar rápidamente de opinión fidedigna<sup>33</sup>.

Luego nuestros discursos sobre la realidad o el mundo no son probablemente más que meras opiniones, pareceres o *dóxai*. El discurso es, todo lo más, una opinión en la que la certeza definitiva y absoluta brilla por su ausencia.

Pero, además –argumenta en otro escrito<sup>34</sup>–, todos sabemos que podemos emplear el lenguaje pensado (pues pensamos con lenguaje, con lenguaje con el que nos hablamos a nosotros mismos) y comunicado para representar cosas que estamos convencidos de que no existen ni se dan de modo ninguno en la realidad, como, por ejemplo, un hombre volando, una carrera en que compiten carros rodando sobre la superficie del mar, o las monstruosas brujas Escila y Caribdis engullendo con sus voraces fauces los barcos de los infelices marineros que intentaran franquear el arriesgado estrecho de proceloso mar a cuyas orillas ellas estaban apostadas, o la Quimera cuyo cuerpo adjuntaba a los rasgos de cabra (en la cabeza) otros de león (en el tronco) y otros de serpiente o dragón (en la cola), y encima, para mayor regocijo imaginativo, vomitaba llamas por la boca, un animal, por tanto, fabuloso, ilusorio, fantástico y hasta “quimérico” (¡nunca mejor dicho!) y, por tanto, absolutamente irreal.

Todas estas y muchas más posibles ficciones son, en efecto, pura irrealidad y, sin embargo, se piensan y se comunican y –lo que es más– producen al narrarlas gran placer en quienes las escuchan, pues las palabras tienen la virtud de inocular placer y evacuar penas y de seducir con el encanto de las ficciones que con ellas se fabrican<sup>35</sup>.

Es, por tanto, un rasgo inteligente de una persona pensante y precavida el desconfiar del lenguaje pensado y comunicado y no tenerlo de antemano por fiel y veraz transmisor de la realidad, sino más bien por provocador de sentimientos y pasiones y generador de placer a través de una especie de drogado o dopaje o enhechizamiento<sup>36</sup>.

<sup>33</sup> Gorgias, *Encomio de Helena*, B 11, 13 D-K.

<sup>34</sup> Gorgias, *Sobre la Naturaleza o sea sobre el No-Ser*, B 3, 79-82 D-K.

<sup>35</sup> Gorgias, *Encomio de Helena*, B 11, 10 D-K.

<sup>36</sup> Gorgias, *Encomio de Helena*, B 11, 10 D-K.

Pero aún hay otra razón por la que Gorgias nos anima a separar definitivamente el lenguaje de las labores del seguimiento de la verdad entendida como conformidad con la realidad. Y es ésta: nosotros hacemos idénticas e indiferenciadas nuestras percepciones de la realidad al convertirlas en lenguaje, ello a pesar de que tales percepciones provengan de muy diferentes sentidos<sup>37</sup>.

No importa que la sensación del dulzor de la miel que percibimos por el sentido del gusto sea bien diversa de la sensación de rojez que nos transmite la sangre a través del sentido de la vista, porque al final nosotros lo que hacemos es reciclar y homogeneizar tales sensaciones haciéndolas idénticas al convertirlas en palabras, en meras palabras que sólo son perceptibles por el sentido del oído. Nos es necesario homogeneizar los resultados de las distintas sensaciones para poder pensarlas o comunicarlas.

Nosotros decimos “la miel es dulce” y “la sangre es roja” a base de insensibilizar la percepción del dulzor y de la rojez, es decir, igualando, y así neutralizando o desnaturalizando, las distintas sensaciones que experimentamos en las diferentes percepciones con que captamos las realidades a las que nos referimos, que llegan a nosotros cada una a través y por obra de un particular sentido.

A la frase “la miel es dulce” ya no le acompaña sensación de dulzor alguna y la frase “la sangre es roja” no nos ciega con su encendido color. Las sensaciones se han marchitado al convertirse en palabras y en ideas.

Y si esto es así –y lo es– no hay más remedio que desconfiar de la capacidad del lenguaje para devolvernos fielmente reproducida la realidad. Lo que pensamos y comunicamos mediante el lenguaje no es en modo alguno el verdadero dulzor de la miel ni la verdadera rojez de la sangre. «El criterio de la verdad ha desaparecido»<sup>38</sup>, si por “verdad” entendemos la coincidencia de nuestro pensamiento o discurso pensado con la cosa o realidad de la que habla o a la que se refiere.

No sólo es cierto que con el lenguaje pensado y comunicado no captamos ni comunicamos las sustancias de los objetos que percibimos, sino también lo es que ni siquiera podemos estar seguros de la idiosincrasia de los accidentes de los objetos percibidos, ya que las distintas percepciones sensoriales con que los captamos se unifican todas y se desvirtúan y marchitan al convertirse en lenguaje, al trocarse en ideas.

¿Cuál es entonces la auténtica vocación funcional del lenguaje, si no sirve para pintar fidedignamente la realidad sino sólo para que nos forjemos una somera opinión sobre ella?

A esta pregunta responde Gorgias diciendo que el lenguaje es sobre todo conmocionador del alma, pues remueve los “humores” del alma como la droga-fármaco remueve los humores del cuerpo, y enhechizador de los oyentes mediante la estilizada ficción seductora, la *apáte*.

<sup>37</sup> Gorgias, *Sobre la Naturaleza o sea sobre el No-Ser*, B 3, 83-87 D-K.

<sup>38</sup> Gorgias, *Sobre la Naturaleza o sea sobre el No-Ser*, B 3, 87 D-K.

Por tanto, el lenguaje es operativo, activo, dinámico, pragmático y sirve para dos funciones importantísimas desde el punto de vista político-social, a saber: como droga o revulsivo que conmueve el alma, la enhechiza y la hace cambiar de opinión (el “lenguaje-fármaco”) o como estilizada ficción seductora que nos emociona y nos colma de placer (el “lenguaje-*apáte*”).

El lenguaje es una droga que conmueve el alma y enhechizándola la deleita de manera similar a como actúan las drogas sobre el cuerpo<sup>39</sup>. El lenguaje es pragmático en el ámbito de lo político-social. “El lenguaje” –dice– “es un gran soberano que con un cuerpo minúsculo y hasta insignificante es capaz de llevar a cabo divínimas obras, pues es capaz de acabar con los miedos, quitar las penas, producir alegrías, incrementar la piedad. El lenguaje enhechiza, persuade y hace cambiar de opinión”<sup>40</sup>.

El lenguaje sirve para enhechizar y persuadir, para desequilibrar la estabilidad del alma modificando la proporción de sus «humores» psíquicos y de este modo produciendo en ella placer o dolor<sup>41</sup>, y para deleitar a los oyentes con una inocente mentira seductora (*apáte*) que no es exactamente una premeditada falsedad (lo que en griego se diría *pseûdos*), porque, entre otras razones, el que se deja engañar y se entrega de pies a cabeza al disfrute de la obra poética, del seductor y estilizado lenguaje o discurso engañoso que es el lenguaje poético con el que se elabora una ficción, demuestra con ello tener más inteligencia y discernimiento que el que no lo hace<sup>42</sup>.

El lenguaje, el *lógos*, es pragmático, pues “lleva a cabo divínimas obras” y actúa sobre los conciudadanos, a quienes o conmueve (“acabar con los miedos, quitar las penas, producir alegrías, incrementar la piedad”) o deleita (enhechiza, persuade”) o persuade (“hace cambiar de opinión”).

Con Gorgias la Retórica es ya una seria filosofía que en esencia se puede resumir así: No hay que fiarse de los datos del lenguaje con el que pensamos y comunicamos, porque no tiene capacidad para reproducir la realidad, sino que sus dos funciones principales son mover pasiones y deleitar.

Después de la crítica de los sofistas a la dogmática filosofía del discurso falaz que pretendía capturar la realidad con mero lenguaje, ha habido y aún hay filósofos que nos muestran hasta qué punto el lenguaje es engañoso y cómo su verdadera misión es impresionar o conmocionar psicológicamente a los oyentes y lograr “verdades sociales” a base de la interacción entre los hablantes que actúan pragmáticamente como interlocutores.

No nos podemos creer los discursos que aparentemente nos comunica la Naturaleza, que es de por sí bastante muda y somos nosotros los que la hacemos hablar adjudi-

<sup>39</sup> Gorgias, *Encomio de Helena*, B 11, 14 D-K.

<sup>40</sup> Gorgias, *Encomio de Helena*, B 11, 8 D-K.

<sup>41</sup> Gorgias, *Encomio de Helena*, B 11, 14 D-K.

<sup>42</sup> Plutarco, *Sobre la gloria de los atenienses* 348C.

cándole las palabras que ella no dice sino que pronuncia por ella ese “segundo yo” que todos llevamos dentro y llamamos “razón”.

En la Europa Ilustrada del siglo XVIII, es decir veintitrés siglos después de la Ilustración de la Sofística, un filósofo como David Hume (1711-1776)<sup>43</sup>, autor de un ensayo titulado “Sobre la elocuencia”, publicado el año 1742, afirmaba que, tal y como había expuesto anteriormente en su *Tratado sobre la Naturaleza Humana* (*A Treatise of Human Nature*), “la razón es y debe únicamente ser la esclava de las pasiones” (*reason is, and ought only to be, the slave of passions*)<sup>44</sup>.

Por otro lado, como es bien sabido, este mismo filósofo en el mismo tratado clasificó los acontecimientos mentales en impresiones e ideas. Las primeras serían los contenidos inmediatos de nuestras percepciones sensoriales y las segundas nada más que meras impresiones marchitas que, en gran medida, no responden a la realidad sino que nacen forzadas por una especie de compulsión psicológica irracional.

Por ejemplo, la idea de la causación, la idea de “causa”, no es más que el resultado de la compulsiva asociación psicológica de las impresiones marchitas que quedan en nuestra mente a partir de percepciones de la contigüedad espacial, la sucesión temporal y la conjunción constante de dos fenómenos en realidad distintos que se suceden y nosotros, malinterpretándolos, consideramos errónea e infundadamente que el uno es la causa del otro.

Por consiguiente, el sano empirismo de David Hume nos previene contra la falacia del discurso filosófico que establece relaciones necesarias donde no hay más que sucesos contingentes. No es cierto el discurso que establece causas y efectos en el sentido de que tales “causas” y tales “efectos” existan en cuanto tales en la realidad. Eso sería hacer discursos metafísicos.

Algo parecido enseñaban los sofistas en su “filosofía de la Retórica”, con lo que queda claro que la Retórica es, desde sus orígenes sofísticos, una filosofía que, como la de Hume, se aleja de toda metafísica y no confunde el discurso con la realidad. Éste es un lado bueno de la filosofía de la Retórica, a saber: que es antimetafísica.

Pero, en segundo lugar, la filosofía de la Retórica es, también desde sus orígenes sofísticos, como ya hemos adelantado, esencialmente pragmática y político-social, pues entiende que el lenguaje es la acción político-social que permite a sus usuarios entrar en contacto con el mundo y generar visiones discursivas de la realidad que ganan el consenso y la participación de los hablantes<sup>45</sup>.

En consecuencia, todo discurso, tanto el literario o poético como el científico o filosófico, es retórico, pragmático y político-social, pues, aparte el hecho ya explicado de que intenta vanamente reproducir cabal y definitivamente el mundo, su función princi-

<sup>43</sup> N. K. Smith, *The Philosophy of David Hume*, Macmillan, N. York 1964. D. F. Norton, *David Hume: Common-Sense Moralist, Sceptical Metaphysician*, Princeton University Press, Princeton 1982.

<sup>44</sup> D. Hume, *A Treatise of Human Nature* (1739); ed. P. H. Nidditch, Oxford Clarendon Press, Oxford 1978, 415.

<sup>45</sup> R. Rorty, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton University Press, Princeton 1979.

pal consiste en establecer, implantar y legitimar los conceptos, las visiones del mundo (*Weltanschauungen*) y las prácticas socio-políticas comunes del entorno comunitario que de él participa. Sin esta función no sería posible la existencia de comunidades humanas sobre la faz de la tierra.

De este modo, según la “filosofía de la Retórica”, resulta que todo uso del lenguaje, poético o científico, no reconstruye definitivamente la realidad, pero afianza los conceptos y las instituciones y las prácticas político-sociales y las visiones del mundo compartidas por la comunidad en la que se produce<sup>46</sup>.

Por tanto, nuestra ciencia y nuestra poesía y nuestra visión del mundo, de acuerdo con la “filosofía de la Retórica” nacida en los tiempos de los sofistas, no son sino construcciones retóricas de índole político-social que tienen una validez condicionada y limitada por las coordenadas de espacio y tiempo en las que se sitúa una comunidad de hablantes<sup>47</sup>.

La Retórica tiene, en conclusión, desde antiguo una filosofía que podríamos resumir así: Es escéptica sobre las posibilidades del lenguaje pensado y comunicativo en el campo de la metafísica y, en cambio, está muy convencida del enorme poder del lenguaje en acción, del lenguaje en su connatural dimensión político-social, del lenguaje que por su propia naturaleza está especialmente dotado para producir efectos emocionales y sublimes y generar consensos sociales sobre todo tipo de discurso. Justamente, localiza la “verdad” no en los discursos que coinciden con la realidad a la que se refieren –lo que sería imposible–, sino en el discurso aceptado por una comunidad socio-política determinada, y considera que, al igual que la susodicha comunidad, esa su “verdad” está condicionada por las coordenadas de espacio y tiempo a las que están sometidos los mortales.

Ésta es la “filosofía de la Retórica”, que, como vemos, remonta a la Sofística. Se trata de esa filosofía preplatónica que no intenta buscar los fundamentos de la realidad, sino que se contenta con la certeza racional que emerge de la victoria de un discurso más convincente sobre otro que lo es menos, y que se considera satisfecha con la certeza racional que resulta más de la conversación entre personas que de la interacción de la parlante mente humana con el silencio eterno del mundo y de las cosas.

La “filosofía de la Retórica”, consciente de que “la Naturaleza gusta de ocultarse”<sup>48</sup>, no concibe más “verdad” que la resultante del consenso político-social, una verdad tan limitada y efímera como la vida del hombre, que es un ser limitado y finito y en modo alguno portador de valores eternos. He aquí una muestra de ello: decía Protágoras de Abdera que sobre los dioses no sabía ni si existen o no ni cómo son de aspecto

<sup>46</sup> Th. Kuhn, *The Structure of Scientific revolutions*, 2ª ed., University of Chicago Press, Chicago 1970. B. Latour-St. Wooglar, *Laboratory Life; The Social Construction of Scientific Facts*, Sage, Beverly Hills, California 1979.

<sup>47</sup> K. A. Bruffee, “Social Construction, Language, and the Authority of Knowledge: A Bibliographic Essay”, *College English* 48 (1986), 773-90.

<sup>48</sup> Heráclito, B 123 D-K.

por causa de muchos impedimentos, entre los que se cuentan la nula claridad del tema y la brevedad de la vida humana<sup>49</sup>. Pero aceptaba como “verdadera” y sumamente útil la moralidad o sea el discurso moral aceptado por cada comunidad.

Esta “filosofía de la Retórica”, humana y democrática, que no se distingue de la Retórica misma ya desde los lejanos tiempos de los sofistas, es pragmática y político-social. Es una filosofía pragmática que no distingue entre “lo verdadero necesario” y “lo verdadero contingente” sino entre dos diferentes discursos (el de la “verdad político-social necesaria” y el de la “verdad político-social contingente”) que tienen frente a sí sendos discursos de objeción directa a las creencias político-sociales de un determinado momento histórico y de una comunidad determinada.

Estos dos discursos ofrecen muy distinto grado de dificultad a los correspondientes discursos de objeción, a saber: el de la “verdad político-social necesaria” es aquel discurso cuya refutación por otro discurso resulta muy difícil, y el de la “verdad político-social contingente” es aquel discurso cuya refutación por otro discurso resulta más fácil.

A esta filosofía de la Retórica se la critica, ya desde los tiempos de la censura platónica<sup>50</sup>, porque se mueve exclusivamente en el campo de lo probable y lo contingente, pero es que la “Verdad” de los fundamentalistas, pese a lo que ellos se creen, es sólo probable y contingente y adquiere diferentes aspectos en diferentes tiempos y lugares de acuerdo con las contingencias de la comunidad que la admite con mayor o menor grado de convicción.

Mientras nos falte la “Verdad” revelada por la Divinidad, que sería el único discurso ajeno al acuerdo o consenso político-social y al espacio y al tiempo, sólo la “filosofía de la Retórica” nos puede aconsejar sobre lo que debemos considerar “verdadero” en una sociedad civilizada sometida, como todo lo humano, a las coordenadas espacio-temporales.

---

<sup>49</sup> Protágoras, B 4 D-K.

<sup>50</sup> Platón, *Fedro* 267A.